

6889

H O W A R D L E E N O S T R A N D

**La literatura en la crisis
social de nuestro tiempo
y en la
etapa de reconstrucción**

1945

800.1
N83
EJ2

H O W A R D L E E N O S T R A N D

**La literatura en la crisis
social de nuestro tiempo
y en la
etapa de reconstrucción**

INSTITUTO RIVA AGÜERO
BIBLIOTECA
ENE 24 1949
No. ingr. No. clas.
6889

DIRECCION DE CULTURA Y ARTISTICA
Y EXTENSION CULTURAL
MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA
PERU
1945

El autor de este ensayo, actual Agregado Cultural a la Embajada de los Estados Unidos en el Perú, es un distinguido intelectual de sólida y fina formación universitaria. Graduado en Amherst College y "Master of Arts" de la Universidad de Harvard, siguió estudios de especialización filológica y literaria en la Universidad de la Sorbona (París). Ejerció la docencia de lengua y literatura francesa en las Universidades de Buffalo, Brown y en la Academia Naval de Annapolis. Ultimamente desempeñó el cargo de Director del Departamento de Lenguas Románicas en la Universidad de Washington, en Seattle.

Su interés en el campo de la cultura es muy vasto, pues al lado de su actividad como traductor al inglés de José Ortega y Gasset, hay que referirse a su colaboración en un curso de ANALISIS DE LA MODERNA CRISIS CULTURAL, en una obra que se titula EL MUNDO DE POST-GUERRA y en otros trabajos de próxima publicación sobre cooperación y educación cultural. De ese interés y actividad es una muestra elocuente el trabajo que publicamos, —que fué ofrecido en forma de conferencia en el seno de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, el día 3 de abril de 1945— en que se evidencian sus dotes de crítico, su cultura humanística y su exacta observación y análisis de la vida y de la cultura del mundo actual.

(Nota de la dirección de IPNA).

La literatura en la crisis social de nuestro tiempo y en la etapa de reconstrucción

Puede parecer una tontería acusar a las gentiles musas de la literatura de complicidad en las causas de una guerra mundial. Pero, a decir verdad, esta guerra, como también la de 1914 y la depresión económica que vino a quebrantar la paz intermedia, deben haber surgido de causas complejas y extensas. Semejante serie de catástrofes sociales no podría deberse apenas a aspectos aislados de nuestra civilización, sino a rasgos fundamentales de su índole, cuyos efectos deberíamos esperar encontrarlos en nuestra literatura, en las otras artes, y en toda manifestación de nuestra cultura. Si nos proponemos tratar racionalmente de evitar tales catástrofes en el futuro, importa preguntar cuáles son las funciones de la literatura en la sociedad; cuáles funciones han podido descuidar las últimas generaciones de escritores o quizás sus lectores; y, por fin, cuál debe ser el rol de arte literario en la reconstrucción de postguerra que tanta gente de buena voluntad está planeando y con razón.

Ya se ve que no voy a hablar en este ensayo de la primera función de la creación artística, en literatura o en

cualquier otro arte: la libre y espontánea expresión del artista para su propia satisfacción. Me limito al rol del arte literario entre los esfuerzos racionales para elaborar una sociedad en que, precisamente, se pueda gozar en forma libre y plena de aquella primordial satisfacción artística: una sociedad sin los vínculos que restringen el genio estético en los países del Eje, y sin el miedo que experimentan los artistas en todas las demás naciones del mundo, de que la expresión indiscreta de sus reflexiones y sentimientos pueda quebrantar una estructura social precaria y hacer daño a infortunados hombres de buena voluntad.

Y mientras estoy indicando los límites de este ensayo preliminar, debo añadir que la crítica que haré del rol desempeñado por la literatura se basa sobre observaciones hechas en los Estados Unidos. No resido en el Perú el tiempo suficiente para atreverme a formar juicios sobre las semejanzas o las diferencias entre las situaciones de nuestros dos países. Esta cuestión de literatura comparada quedará para otras ocasiones, cuando se trate del importante problema de las relaciones culturales interamericanas.

Pues bien, ¿cuál es la función social de la literatura? ¿cuál sería su aporte a una sociedad más humana, a juzgar por su historia en relación con las sociedades del pasado? Yo sostendré que sus funciones principales son el entretenimiento, el análisis de la gente, y otra más difícil de nombrar, la cual llamaré la concreción de valores humanos. Quiero decir valores tales como la paz serena y armoniosa dentro de sí mismo y en función del cosmos, la simpatía altruista hacia los otros seres vivientes, el respeto por la personalidad humana, la risa sin crueldad, y el sentido estético refinado hasta poder apreciar el gran arte en sus diversos aspectos: el consuelo en nuestras horas de tragedia, la ampliación de nuestras facultades de penetrarnos, y la alegría pura de la creación artística. Sostendré, además, que una de las funciones, la de entretener, ha eclipsado en nuestros tiempos a las otras dos, las que se refieren al análisis y a los valores. Finalmente, trataré de sugerir cómo podríamos dar posibilidades a la literatura para que desempeñase sus dos funciones descuidadas.

Antes de entrar en el desarrollo de mi tesis, quisiera detenerme un instante a reconocer un problema filosófico inherente a la entera exploración que propongo. Sabemos bastante qué queremos decir por *literatura*, qué cosa ha sido y qué queremos que sea, mientras la concebimos tan sólo con referencia a ella misma, según nuestra observación, nuestro gusto y nuestro deseo personal. Los dos métodos clásicos de erigir un concepto nos darían con toda seguridad una definición de esta índole. En método deductivo, tal como lo ilustra Platón en el *Sofista*, describiría la literatura, por particularizaciones progresivas, como:

una actividad artística; la actividad artística que usa palabras; la que dispone palabras según ciertas formas de composición, etc. El método inductivo de la ciencia moderna, aplicada en el campo de la semántica, procedería en el sentido opuesto, desde las observaciones de fenómenos literarios hacia agrupaciones o generalizaciones cada vez más grandes. Ambos métodos tan seguros terminan por presentar la literatura en relación con sus partes componentes, mientras lo que necesitamos nosotros es verla en su relación con la sociedad. Que lo queramos o no, nos conciernen aquí sus funciones sociales: reales e ideales. Lo cual nos trae a un terreno mucho más peligroso, pues nos compromete en afirmaciones no sólo sobre la naturaleza de la literatura sino también sobre la naturaleza de la vida que le importa al hombre. Pero no hay remedio. No podemos sino empezar con toda la objetividad posible, y prepararnos a reducir poco a poco nuestro margen de error a medida que aprendamos más. Una vez dados los primeros pasos, aprovecharemos quizá del principio sentado por Sir Francis Bacon, que “la verdad está más pronta a surgir del error que de la confusión”.

Pues bien, volvamos a la consideración de las tres principales funciones de la literatura en el proceso social: entretenimiento, análisis, y concreción de los valores.

En la Atenas del siglo V antes de Cristo, la literatura servía de inspiración hacia una vida más noble y más contemplativa, para la aristocracia y también para el pueblo, ya que ambos sabían su Homero de memoria y gozaban de concursos dramáticos entre tragedias y comedias, hoy día clásicos universales. En nuestro tiempo,

el pueblo, la aristocracia de la riqueza, y la del saber técnico, quieren que la literatura les provea no inspiración sino entretenimiento, concebido como descanso del fastidio de ganarse la vida en una época de aguda concurrencia. A los que leen a los grandes clásicos hay que buscarlos con linterna. Homero y Esquilo no son el descanso que apetece al cabo de un día de fatigas. Después de nuestro trabajo queremos juego; después de nuestra actividad, pasividad. Así las virtudes industriosas del materialismo han forzado a la literatura a que ofreciese, por compensación, una evasión más bien que una comprensión de la vida. De un lado, el grueso de nuestra producción literaria está dirigido a un puro entretenimiento evasivo. Y del otro lado, además, desde los comienzos del movimiento simbolista, alrededor de 1880, una buena suma de verdadero genio literario se ha gastado en una evasión sublime pero infructuosa, que no se proponía aún entretener. La tendencia evasiva de los escritores ha debilitado la fuerza de la literatura para innovar fructuosamente, para adaptar sus mejores potencialidades a un mundo en rápida evolución; mientras la evasión en el gusto del público ha favorecido el descuido en la forma y en el fondo de la composición. En las artes gráficas, el deseo moderno de quietud ha favorecido, por lo menos, las hermosas líneas aerodinámicas sugeridas por la ingeniería del vuelo y por las nuevas sustancias plásticas. Pero en literatura y, se pudiera añadir, en música, todo buen efecto queda eclipsado por la evasión y la pasividad que resultan del anhelo simple entretenimiento.

A pesar de esta mala influencia, que se limita más o menos a los últimos cien años, la literatura ha tomado

parte, durante más de trescientos años, en un gran avance de los pueblos occidentales hacia una comprensión más precisa del hombre y de la sociedad. Allá en el medioevo, el arte predominante fué la arquitectura, junto con su escultura accesoria, sin duda porque la severidad de la piedra expresaba la relación indirecta y mística que llevaba el hombre medioeval al mundo visible y a sus semejantes. El hombre renacentista, en cambio, procuró conocer a sus iguales más por lo que había en ellos mismos, de suerte que la pintura, más expresiva de personalidades y de situaciones particulares, se convirtió en el arte dominante. A fines del siglo XVI, sin embargo, la mente europea no se satisfacía más ni aún con la viva individualidad que había alcanzado la pintura. Esta mente desasosegada quería penetrar más adentro en la naturaleza humana, y así se dirigió al teatro en busca de un análisis más explícito y desarrollado del porqué de la conducta humana. Desde entonces, la literatura ha servido de medio para una búsqueda cada vez más íntima en la vida de los seres humanos y sus instituciones, pasándose la iniciativa primero al ensayo, en las críticas décadas que precedieron a las Revoluciones a fines del siglo XVIII, luego a la poesía en el período romántico, y por fin a la novela que llevó el análisis a un nivel tan alto con Tolstói y Proust. A medida que se abrieron nuevos estudios sociales, la literatura avanzó mano a mano con las exploraciones sistemáticas e ingeniosas de éstos, diseminando sus descubrimientos y recordando a las ciencias mismas cuán complejos y sutiles eran los materiales que ellas se proponían medir.

Así, grandes riquezas se han amon-

tonado en la literatura, para la comprensión más perspicaz del hombre y de la sociedad, aunque el tesoro esté escondido bajo una voluble producción mediocre, y bien que, en segundo lugar, aún desenterrado el tesoro falte satisfacer el gusto reinante del mero entretenimiento.

Pero si la función analítica de la literatura ha sido obscurecida por la de entretener, las dos juntas han eclipsado casi totalmente la tercera función que es la de expresar, de concretar, y al mismo tiempo de refinar conceptos de valores. Tan categórica afirmación necesita, por supuesto, unas calificaciones; pero quizás no más de dos principales. La literatura se ha hecho muy apreciada y muy eficaz como medio de propaganda para alcanzar fines cercanos, influenciando así sin duda, los conceptos de valores en pueblos enteros. No cabe duda tampoco que la literatura haya contribuido ampliamente a difundir cierta idea poderosa responsable de tanta inquietud en todo el mundo, de que la justicia desigual, la miseria, el miedo, y la frustración del individuo, son todos males que quedan sin necesidad y sin excusa en el siglo XX.

El punto en que la literatura ha fracasado es al refinar lo que queremos decir por verbalizaciones tales como "la oportunidad igual de todos los individuos para realizar sus potencialidades". Por no haber definido tales finalidades, ha fracasado también al justipreciar los varios valores instrumentales como medios hacia la igualdad, la buena individualidad, y la felicidad general que todos conviene que serían cosas muy bellas. La novela **Viñas de la Ira** de John Steinbeck ilustra todo eso. Exito inmenso en cuanto a la popularidad, el libro ha

alcanzado a millones de personas con su apelación a la simpatía; y sin embargo, mientras enseña que debería hacerse justicia, mientras en efecto ha conmovido a muchas almas a la indignación, su humanitarismo permanece vago y sentimental. Aquellos personajes sin espina dorsal no sugieren más que una versión insatisfactoria e innoble de la humanidad, aún si se les satisficieran todos sus deseos. En cuanto a los valores instrumentales para su bienestar, éstos quedan vagos y confusos, por decir lo menos. Se podría sostener juicios semejantes de novelas célebres en las demás literaturas del mundo occidental: novelas de la escuela realista tales como aquel magistral análisis psicológico de Flaubert, **Mme. Bovary**, o sea novelas naturalistas del tipo de **A Vau l'eau** de Joris-Karl Huysmans.

Esta vaguedad y confusión de ideas vitales, aunque caractericen la literatura reciente, no han incomodado nunca a la literatura grande de cualquier período. Preciosos pasajes de la Biblia son elocuentes al tipificar la piedad y la nobleza humanas. La **Iliada** contrasta con certeza el maduro arte de vivir del enemigo troyano con el vigor bárbaro de los griegos primitivos. Los ejemplos que se podrían citar de períodos subsecuentes llenarían muchos volúmenes. Aun la gran comedia se destaca por desarrollar ideas explícitamente. Así, Aristófanes desenvuelve su opinión que el arte nuevo de su tiempo no vale lo que el anterior; Shakespeare sabe hacer apreciar a todos una escena construída alrededor de tres conceptos del honor; Molière es capaz de sacar una comedia del problema poco atractivo de ubicar el justo medio entre la adulación y el extremo contrario de la ruda sinceri-

dad. En suma, toda la literatura que tenga el más grande poder de perder trata con amplia libertad de los valores humanos. No es preciso sostener aquí que su grandeza se debe a dicha calidad, sino únicamente que el refinar conceptos de valores es una función propia de la literatura, que no impide, de ninguna manera, la lectura siempre repetida de un libro a través de los siglos.

En efecto, la literatura tiene facultades únicas para volver efectivas las concepciones del valor. Así como las demás artes, ella puede transmitir experiencia de valores, puesto que el uso artístico de las palabras toca nuestras emociones. Mas, al contrario de las otras artes, ella puede también definir los valores, transmitir proposiciones sobre éstos, y explorar el alcance de sus aplicaciones para nuestra caótica situación. La experiencia de los valores, en cualquier medio artístico o social, difícilmente se transfiere a otras formas de actividad, a menos que se haga explícita su relación con nuestros actos mediante palabras. Por otra parte, el conocimiento de valores queda igualmente ineficaz a menos que sus expresiones verbales se refieran a algo vivido. La gran literatura vincula el conocimiento intelectual con la experiencia en un solo poderoso instrumento para influenciar nuestra flexible naturaleza humana.

El fracaso de la literatura reciente en esta función es cosa desesperadamente seria para nuestra bella pero enfermiza civilización. Si las escuelas, universidades, iglesias, empresas cooperativas de educación adulta, o cualesquier otras agencias estuviesen estimulando una preocupación adecuada por el problema de los valores, la ausencia de otro instrumento poten-

cial no tendría tanta trascendencia. Pero ninguna de aquéllas lo ha conseguido adecuadamente, como lo atestigua trágicamente el estallido de la guerra actual. La naturaleza plástica del hombre, tan carente de las limitaciones así como de la protección de normas instintivas del comportamiento, se ha uncido a rastreros fines, tales como la riqueza personal, la rivalidad imperialista, y la vanagloria nacionalista, cuando por el contrario, una labor en pro de la fraternidad y del bienestar de todos sería más razonable y más práctica al largo alcance. La tecnología, llena de una fuerza sin precedentes para el bien o el mal, se ha desasido de las intenciones humanas para servir los fines de nuestras primitivas capacidades depredatorias.

Antes que tratemos de recetar remedios contra el continuo fracaso de la literatura en su función valorizadora, haremos bien en recoger nuestros pensamientos sobre las razones de su fracaso, al mismo tiempo probando la tesis que sugiere lo precedente, de que dicho fracaso se debería a cierta hipertrofia de las otras dos grandes funciones sociales de la literatura, el entretenimiento y el análisis.

Es cosa cierta que, en muchas partes, la literatura contemporánea ha procurado contribuir más ampliamente a una comprensión de la vida. La generación francesa de 1910 abandonó el "arte por el arte" a fin de cultivar el arte para la vida. Y esta misma sana tendencia se ha esparcido sobre Europa y las Américas en movimientos post-simbolistas de conciencia social y regional, de "mundonovismo", de funcionalismo, y de reacción general contra el "escapismo" o eva-

sión. Sin embargo, cuando la novela que más provoca la reflexión se lee simplemente para conseguir unas horas de descanso, sirve el libro como un mero escape a pesar de sí mismo. Deja de sugerir un nuevo e ilustrado propósito aun a la persona más estratégicamente situada para actuar bajo sus sugerencias. Una gran película, tal como **Rosa de Abolengo**, por rica que sea en su expresión de un arte de vivir noble y refinado, se halla desnudada de su grandeza cuando se ve únicamente como entretenimiento, salpicada de aventuras. El verdadero clásico que es **Thais**, de Anatole France, aunque representa una mina cargada con la sabiduría cristalina de los siglos, se vuelve impotente cuando no se conoce sino por su estilo entretenido y por la cita de un personaje secundario, atribuída erróneamente al autor, de que "la seule opinion est de n'en pas avoir".

Mientras nuestra más bella literatura ha sido llevada así en el sentido de servir como superficial entretenimiento, la literatura esencialmente analítica ha sido conducida a otro lado para ocuparla en una labor descriptiva sin gran alcance. Se ha dejado el problema central de los valores en seco y sin cuidado. La voluminosa producción contemporánea de ensayos presenta un caos de datos más o menos genuinos, muchas veces confusos e intrínsecamente contradictorios en sus diversas presuposiciones sobre la manera en que la raza humana debe conseguir sus fines más remotos. La idea tan común, que esos fines estén ahora de algún modo a nuestro alcance, no se vincula a la actualidad por ningún programa de pasos intermedios. Resulta que dicha gran idea funciona no tanto de inspiración sino de exaspe-

rante irritación, así como un racimo de plátanos, colocado detrás de un vidrio, le causa a un mono un sentido rabioso de frustración. Pues bien, el mismo problema de valorización seguramente se presta al análisis racional. Aun si uno considera los valores como compuestos en definitiva de revelaciones, también emplea su razón para comprender el significado de aquéllos más ampliamente y para aplicarlos con más inteligencia. Pero hemos descuidado el definir los valores en nuestra literatura analítica. Algunos de nosotros nos hemos dejado despicar por un materialismo, ahora desacreditado, hasta creer que los valores quedasen aislados de las cadenas de causas y efectos verdaderos. Otros se han desprendido de todo interés por la valorización a causa de su complejidad psicológica; o sea que se han desesperado de todo acuerdo a causa de la desunión intelectual que surgía de la especialización del individuo en nuestra civilización. Todos nos hemos dejado impresionar excesivamente por el éxito aparente con que la tecnología parecía avanzar sin necesitar ayuda o consejo de la filosofía moral. La literatura ha reflejado simplemente la moda del pensamiento descriptivo que ha eclipsado al normativo en nuestra cultura entera.

En consecuencia, nuestro concepto de que la función valorizadora de la literatura haya sido puesta de lado por las funciones de entretenimiento y de análisis, parece mantenerse, siempre que comprendamos las ramificaciones de la situación interna de la literatura en todo el resto del proceso social.

Si esto es cierto, entonces los escritores contemporáneos necesitan ayuda desde varias direcciones, antes de que ellos puedan hacer bastante pa-

ra mejorar su situación. Es posible que ellos pudieran hacer un hobby de analizar valores y de explorar su aplicación a las condiciones de vida moderna, pero se quedarán tan inefectivos como los clásicos modernos que ya poseemos, hasta que el gusto del público ascienda hacia el nivel de la literatura seria. Los centros educacionales e intelectuales pueden ayudar organizando conversatorios permanentes de mentalidades diversas sobre la naturaleza de los valores tal como éstos se hayan ilustrado por el mejor conocimiento y la comprensión que tenemos. La educación podría auxiliar, luego, descartando ciertas normas vacías y mecánicas de consecución cultural, en favor de una que estuviese basada en perfeccionar la comprensión de las grandes ideas directrices que nuestra época ha heredado o que ha llegado a adquirir. El sistema económico debe organizarse para respaldar una cierta medida de salud física, seguridad, educación, y recreo favorable a una concepción más meditada del entretenimiento. Y finalmente, el público en general debe tomar la iniciativa exigiendo que se ponga a su disposición una gran literatura: antigua y nueva. El hecho de que esto está produciéndose gradualmente, lo sugiere un intenso deseo cada vez mayor de elaborar un orden mundial justo y pacífico. Lo sugiere igualmente el creciente desafecto de la

riqueza personal como un objetivo de la vida y la difusión de hobbies artísticos e intelectuales donde una vez prevaleció el de invertir dinero, tendencia favorecida indudablemente por el movimiento hacia el seguro social, que neutraliza la preocupación por el dinero la cual nace del temor al futuro. Así en lo que concierne a los Estados Unidos, por lo menos, se puede notar una evolución hacia condiciones más favorables al desarrollo de una gran literatura. Un hecho, por sí mismo, la creciente interdependencia de las poblaciones en el terreno regional y nacional, que luchan por su respectivo progreso y seguridad, puede tenerse en cuenta para estimular la búsqueda de comunes denominadores más universales de fines sociales. Y aquella no puede ser otra que la hasta hoy descuidada búsqueda de valores.

Es así como el estado de la creación literaria depende de factores vinculados con toda la estructura social. Se aprecia una evolución hacia condiciones más favorables que las del siglo pasado. Pero si la literatura depende de condiciones ajenas a ella misma, por esta misma vinculación puede ejercer una influencia importante sobre tales condiciones. De aquí el complejo pero alentador desafío de la venidera etapa de reconstrucción que confrontan los hombres de letras de nuestro tiempo.

W/Fall
800.1
N83
E12

MGJ



PUCP - BIBLIOTECA
55543109879316



W/F
800
N83
Ei 2

IMPRESA ENRIQUE R. LULLI
LIMA.—AZANGARO 568